

toridad, nacido del barbarismo y manteniéndose siempre opresor, es absolutamente contrario á la libertad, á la fraternidad y á la igualdad sociales; y, por tanto, no conviene ni puede admitirse como base de la sociedad.

En la próxima conferencia trataremos la cuestión de la propiedad y la del militarismo.

A. PELLICER PARAIRE

¿Anarquista?

No soy anarquista; pero cuando recorro las páginas de la historia y contemplo la serie inacabable de excesos, violencias, crímenes y atentados que la pasión, la envidia, la ambición, el odio, la soberbia disfrazados de razón de Estado, perpetraran en todos los tiempos; las conquistas bárbaras, las represiones sangrientas, las guerras devastadoras, los asesinatos políticos, los regímenes de opresión, las persecuciones, las proscripciones, los patíbulo, las hogueras, me pregunto con asombro cómo las sociedades humanas han podido sobrevivir á la repetición incesante de atrocidades tamañas, y me asalta la duda de si no será el poder el peor de los enemigos del derecho y la autoridad tirana más que tutora de los rebaños que apacenta.

No soy anarquista; pero ante el espectáculo de la sociedad, tal como la ha formado la historia: instituciones anaerónicas y absurdas viviendo de la velocidad adquirida; la dirección común puesta en manos de los más audaces ó afortunados; el palo como supremo resorte de gobierno; la fuerza de todos ejercida por algunos, que son de hecho por ello, pese á todos los convencionalismos democráticos, dueños y señores de los demás; la razón otorgada siempre al más fuerte; la ley del embudo erigida en Constitución interna; la educación transformada en un medio de deformación de los espíritus para adaptarlos al ambiente; el sentimiento religioso convertido en monopolio de una Iglesia que hace de él su negocio y adora á Dios *pane lucrando*; la riqueza otorgada por el azar, adquirida por el demérito, consagrada á mantener el ocio y el vicio;

el amor prisionero, como en estrecha cárcel, en el matrimonio indisoluble... dudo si la civilización no habrá sufrido extravío; si la humanidad no habrá hecho, como dicen los franceses, falsa ruta, y si no sería más fácil que corregir organización tan defectuosa, hacer de todo tabla rasa y emprender de nueva planta la inmensa labor de los siglos.

No soy anarquista, pero en presencia de ese Leviatán que se llama el Estado, con su Constitución, sus leyes, sus códigos, sus poderes, sus partidos, sus clases, sus órdenes, su presupuesto; con su administración, su burocracia, su fuerza, sus tribunales, sus prisiones, sus cadalsos y sus verdugos, todo ello tan poderoso para el mal, todo para el bien tan impotente; en presencia de esa institución que tiene por lema el derecho y por práctica la violencia; que no persuade, que no amonesta, que no ampara, que no defiende, pero que impone, cohibe, reprime, castiga; en presencia de ese monstruo que devora todos los años mil millones para mantener á sus parásitos, y no da en cambio instrucción, ni protección, ni sosiego, ni paz, ni gloria, ni justicia, ni pan; que roba el voto al ciudadano y luego le zampa en la cárcel; que despoja al contribuyente y luego le fusila, doy en pensar qué es lo que podría perder la sociedad con verse amputado al rape tan disforme y horrendo pólipo.

No soy anarquista... es decir, nunca creí que lo fuera. Pero bien considerado todo y hecho examen de conciencia, acaso resulte que era un anarquista sin saberlo.

ALFREDO CALDERÓN